

Carlos Barea

Bendita tú eres



Ángela es una monja que lleva más de treinta años enclaustrada en un convento. Una noche, tras terminar de rezar en su celda, tiene un accidente que provoca que el resto de hermanas descubran el secreto que llevaba guardando durante décadas. Tras ser expulsada de la congregación, acabará resguardándose en un modesto piso del barrio de Lavapiés desde el que tendrá que aprender a vivir en un mundo al que pensaba que nunca más tendría que volver a enfrentarse. Bendita tú eres es una historia con tintes de novela iniciática que gira en torno a la búsqueda –forzada– de la identidad y donde se mezcla el imaginario religioso con elementos de la cultura popular. Un relato que pone en cuestión la constante necesidad de categorizar las identidades, así como los mecanismos sociales que obligan a ello.

Índice de contenido

Cubierta

Bendita tú eres

~

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

Agradecimientos

Sobre el autor

A mis padres, por ponerme en el camino.
A Rosa María Luna, por enseñarme a no
perderme en él.
A Sara, Rocío y Kike, por ser mis bastones
mientras lo recorro.



Lo recuerdo todo perfectamente. La noche en la que ocurrió rezaba yo en mi celda arrodillada frente a un crucifijo de madera, como era habitual. A mis espaldas tenía el catre del que me levantaba todos los días a las seis de la mañana y, a su lado, el armario. En él apenas había nada de valor: algo de ropa interior, varias mudas y una vieja maleta, único recuerdo de mis tiempos fuera de aquellos muros.

Yo ya estaba, desde hacía años, acostumbrada a vivir en la prudencia de un convento, pero esa noche todo parecía más intenso de lo normal: el silencio, la oscuridad e incluso mis propias oraciones. Quizá era debido a que precisamente esa noche había llegado a descubrir por qué me había hecho monja. Parece extraño decir algo así después de llevar más de veinte años en el convento, pero desde el primer día que entré aquí pensé que mi estancia en este lugar no era cosa que una condena autoimpuesta y, al mismo tiempo, una recompensa para los demás. Ese hallazgo, el de descubrir mi vocación por fin, no solo me quitaba de encima la losa que me empujaba como si quisieran enviarme al infierno, sino que le daba sentido a mi vida. Había pasado años vagando, prácticamente desde el día que nací, y ahora, a mis cincuenta años, había conseguido hacer coincidir por primera vez el estar en un lugar y saber claramente por qué estaba allí.

Sentí entonces, de una forma casi mística, cómo todas las oraciones lanzadas al cielo durante treinta años habían

llegado a la vez. No solo eso; sentí que esas oraciones eran como un caballo ganador al que esa noche le colocaban el laurel y yo, orgullosa por el tremendo esfuerzo de haber educado a un campeón, sonreía con falsa modestia. Me sentía triunfante.

Gracias a esa tranquilidad, pasé rezando más tiempo de lo habitual. Una vez que terminé, me puse en pie y me acerqué al armario para continuar con mi rutina. Siempre hacía lo mismo: tras rezar el último rosario, me quitaba los hábitos y me ponía el camisón de dormir. Luego cruzaba el pasillo hasta llegar al baño comunitario y me duchaba. Aunque las reglas del convento eran tan rígidas que cualquier detalle que se desviara de la rutina necesitaba prácticamente una bula papal, al cabo de los años había conseguido autorización para ducharme por la noche. Tenía esa costumbre desde pequeña, cuando me sentía mucho más cómoda tratando con mi cuerpo en la oscuridad.

Me desnudé por completo. Luego anduve, como siempre, los diez pasos que me separaban del armario. Era el único momento del día en el que dejaba que mi pene se impusiera a todo lo demás. Solía pensar que lo recompensaba después de haberlo tenido aprisionado durante todo el día, como una madre lo hace con su hijo cuando se porta bien. Durante esos diez pasos, me agradaba notarlo entre los muslos, rozándolos de forma intermitente, y sentirlo parte de mí.

Pero esa noche, en vez de continuar el camino hacia el armario, me detuve ante el pequeño espejo que había sobre el lavabo de la celda en el que me aseaba y me lavaba los dientes por las mañanas. En él solo podía verme los hombros y, si me esforzaba y ponía de puntillas, los pezones.

Miré entonces mi reflejo y descubrí que el espejo me devolvía una mirada en la que ya no había guerra, ni por dentro ni por fuera. Ahora tenía la seguridad de que los

años que me quedaban entre aquellos serían mucho más tranquilos.

Esa noche quise mirarme con más detalle, así que me puse de puntillas. Miré mi rostro, mis hombros y mis pezones, pero aun así quería ver más. Necesitaba comprobar cómo había cambiado mi cuerpo a lo largo de todos estos años. Así que me fui hasta una banqueta en la que había un pequeño san Antonio al que rezaba antes de dormir. Al igual que si estuviera haciendo alguna travesura, dejé el santo con gran lentitud en el suelo, cogí la banqueta con absoluto silencio y me acerqué al espejo. Una vez colocada, conseguí subir al segundo intento. El primero fue para tomar impulso y para recordarme que, aunque hubiera mudado la piel como una serpiente, seguía teniendo cincuenta años. Al mirarme, lo único que conseguí ver fue la parte baja de mi pecho y el vientre, que se cortaba justo en el punto donde nace el vello púbico. Cuando centré mi atención en el reflejo, me sentí, como me pasaba hace años, ajena a él. No lograba adivinar si lo que estaba viendo era el cuerpo de un hombre o de una mujer. Aquel vientre parecía un puzzle sin terminar que podía completarse de varias formas. Por la parte de arriba podría encajar igualmente un pecho masculino con caprichosos caracolillos de pelo blanco o un pecho de mujer caído por haber amamantado a varios hijos. De la misma forma, en la parte de abajo encajaba un pene oscurecido ya por el paso de los años o una vagina con unos labios ensanchados debido al parto. Ese vientre podía ser todo o nada, de hombre o mujer, de una monja o de una prostituta. Aquel era un terreno neutral en la fisionomía humana.

Nadie habría imaginado que en aquel convento, justo en esa celda, una monja de cincuenta años estaba intentando ponerse de puntillas en una banqueta para ver su pene frente a un espejo diminuto. Y nadie lo habría sabido nunca a no ser por un simple movimiento en falso: el que me llevó a caer de espaldas y fracturarme la clavícula. Pue-

de que fuera por el pesado silencio de la noche, pero el golpe sonó como si hubiera llegado el Juicio Final.

Tras la caída, la primera en llegar a la celda fue la hermana Mercedes, que a pesar de sus ochenta años era siempre la más rápida en todo: terminaba antes que nadie de barrer su celda, madrugaba más que ninguna para lavarse y era la primera en recoger su plato después de la comida. No podía dejar de ser también la primera en llegar al Juicio Final.

En cuanto entró en la celda, me encontró tirada en el suelo, desnuda. Poco más tarde entraron el resto de las hermanas y, ante los gritos escandalizados de todas ellas, llegó el padre Miguel, que me tapó con una manta a toda prisa.

Tras aquel incidente, pasé varios días en el hospital. Cuando me dieron el alta, el padre Miguel me metió en un modesto piso en Lavapiés al que llevaban de vez cuando a drogadictos y prostitutas en busca de rehabilitación.

Aquello, efectivamente, se convirtió en el Juicio Final. Pero solo para una de nosotras.

«Expulsó, pues, al Hombre, y al oriente del huerto del Edén puso querubines, y una espada encendida que giraba en todas direcciones, para guardar el camino del Árbol de la Vida».

(Génesis 3:24)

I

El piso en el que estoy ahora me resulta enorme. El dormitorio, que es donde paso la mayor parte del tiempo, tiene una ventana gigante que da a la calle. Todavía, cuando me asomo a ella, me sorprende al no encontrarme a la hermana Amparo en el huerto o a la hermana Rosario barriando el patio. Lo que las sustituye en cambio son las peleas de borrachos en plena noche, la cháchara constante de los pakistaníes discutiendo en su idioma o el canto persistente de un periquito que hay en un balcón frente a la ventana.

Todo es igual de ruidoso al otro lado. Madrid es un lugar desordenado, un continuo alboroto del que me siento ajena. Poco tengo que ver con las discusiones de pakistaníes, con las peleas de borrachos, con los cantos de pájaros, con los supermercados, con los pasos de cebra o con las farolas de esta ciudad. Me siento extraña de lo que, desde mi ventana, parece un enorme decorado de cartón piedra al que no dejan que me acerque para evitar que descubra que todo es de mentira. Y me siento triste, como la vez que llevaron al convento la reliquia de una mano de san Juan y, después de rezarle durante días, el padre Miguel me dijo que era una réplica.

De todas formas, intento adaptarme lo mejor posible a esta nueva vida, aunque la rutina sea ahora muy diferente a la del convento. Todas las mañanas, si no lo hace antes ningún ruido, me despierto a las seis. Antes de vestirme y desayunar, rezo un rato a san Antonio, que, junto con un

dolor de clavícula cada vez que cambia el tiempo, fue lo único que pude llevarme del convento. El santo carga con un Niño Jesús que lo mira como si no hubiera un lugar en el mundo donde pudiera estar más protegido. San Antonio, en cambio, en vez de devolverle la mirada, clava sus ojos en mí, dispuesto a no perderse ninguno de mis movimientos.

En cuanto llegué al piso le hice un altar y desde el primer día le pongo flores frescas que salgo a buscar por el barrio una vez a la semana. Hay veces que, por mucho que busque, no encuentro dónde cortarlas y en su lugar pongo ramitas de árboles. No es lo mismo, pero lo importante es que el altar luzca lo más bonito posible. Por eso también, a veces, le enciendo una vela.

Los días que no salgo a buscar flores acostumbro a subir a la plaza de Tirso de Molina. El continuo tintineo de los vasos chocando en las terrazas y las rabetas de los niños que no quieren ir al colegio alimentan, desde primera hora de la mañana, el desorden de la ciudad. El constante movimiento también contribuye a ese caos y parece que nada se mantiene quieto en ningún momento. Solo dos cosas permanecen inmóviles en mitad de la plaza: la estatua del poeta, que está tan concentrado como si en cualquier momento quisiera empezar a escribir un poema, y los puestos de venta de flores y plantas. Estos enormes cubos de madera parece que llevaran siglos abandonados y el paso del tiempo se hubiera encargado de hacerles crecer, de forma multicolor y ordenada, una gran variedad de plantas.

Normalmente me siento en un banco, bajo la sombra del poeta, a leer durante un par de horas. Aunque desde siempre he tenido gran interés por la vida de los santos, fue en el convento cuando me acostumbré a leer sobre ellos. Gracias al padre Miguel, que me traía algún libro de vez en cuando, ya me sé casi de memoria la vida de san Agustín, santa Casilda, santa Águeda, san Sebastián, san

Francisco de Asís y san Jorge, el asesino de dragones. También gracias a los libros sé que en esta misma plaza se encontraba el convento de la Merced y que justo unos pasos más allá, no sé exactamente dónde, estaba la celda del propio Tirso de Molina.

Otras veces, cuando no me apetece leer, me quedo sentada en el banco, más quieta y observadora que el propio poeta, y me distraigo con cualquier cosa. Algunos días me dedico a contar los montoncitos de hierba que crecen entre los adoquines y otros únicamente me entretengo mirando a la gente pasar.

Cuando me canso de mirar, de leer o de contar, bajo por la calle de Jesús y María. El olor a orines de Tirso de Molina se convierte poco a poco en un aroma intenso que escapa de los restaurantes indios. Puedo reconocer el clavo, la albahaca, el cilantro o el cardamomo, los mismos olores que salían de la cocina del convento cuando cocinaba la hermana Sarisha. Después aparecen en la calle las terrazas amontonadas y los indios que empiezan a prepararlo todo para que, a la hora de comer, puedan ir de un lado a otro en busca de clientes que meter en sus locales.

De vez en cuando, después de bajar a la plaza de Lavapiés, vuelvo a subir y voy al estanco de la calle Calvario. Fumar se ha convertido en un pasatiempo entretenido y, aunque no lo hago mucho, a veces me gusta encender un cigarro mientras observo a la gente. Supongo que será algún recuerdo de la juventud, cuando el mayor acto de rebeldía consistía en fumarse un cigarrillo a escondidas.

El dueño del estanco se llama Rafael y tiene cara de no gustarle demasiado la soledad. Por eso creo que se alegra tanto de verme cada vez que voy. Tendrá unos cincuenta años, luce una graciosa barriga que siempre intenta esconder detrás del mostrador cuando aparezco y parece, a juzgar por su aspecto, que le gusta mucho cuidar su espeso bigote. Siempre lleva camisa y, por el olor del estanco, fuma en la trastienda.

Rafael nunca hace preguntas. Solo habla acerca del tiempo, sobre noticias que ha leído en el periódico o de cualquier tontería que pasa en el barrio. Pero lo que a mí más me gusta de él es que se ría, porque cuando lo hace algunos pelos del bigote le entran en la boca y parece que se los va a tragar.

Los miércoles por la mañana mi rutina cambia por completo, porque es el día que viene la hermana Marisol. Ella es la encargada de ayudarme en mi adaptación a esta nueva vida, aunque en realidad, semana tras semana, hagamos lo mismo. Primero dedica diez minutos, o quizá menos, a interesarse por lo que he hecho en días anteriores. A veces me pregunta qué he comido o si me he cruzado con algún vecino. El tiempo sobrante lo dedicamos a rezar. «Rezar es lo más importante», dice siempre antes de santiguarse y arrodillarse junto a la cama.

Al final de la visita, que dura poco más de una hora, realizamos la misma ceremonia. Primero me dice: «Le he traído algo», mientras rebusca entre sus hábitos. Luego saca un sobre, me lo acerca discretamente y, acto seguido, desaparece escaleras abajo. Cuando lo abro siempre hay billetes. A veces son cincuenta euros, otras ochenta e incluso alguna vez han llegado a ser cien. He comprobado, a lo largo de todo este tiempo, que nunca hay una cantidad fija y, como no sé el porqué, me la imagino acercándose al cepillo de las donaciones y cogiendo a toda prisa un puñado de billetes antes de venir.

La semana pasada, antes de marcharse, me dijo que este miércoles vendría a verme, por primera vez, por la tarde. No me dijo la hora, así que me he visto obligada a no salir y quedarme asomada a la ventana de la habitación esperando verla aparecer.

II

A las seis y cinco de la tarde, la hermana Marisol aparece por la parte alta de la calle arrastrando su habitual cojera. No puedo dejar de seguirla con la mirada; me sorprende que en la distancia parezca aún más bajita y gorda de lo que es en realidad. De hecho, cuando está a punto de desaparecer bajo la ventana y entrar en el portal, me da la sensación de ver a una especie de pingüino que se ha escapado del zoológico para recorrer, balanceándose como una mecedora, las calles de Lavapiés.

En el rellano resuena el eco de sus andares. Es como un redoble de tambor que se extiende por el vacío de la escalera. No toca el timbre; siempre llama a la puerta con tres golpes secos como tres martillazos.

–Buenos días nos dé la Gracia del Señor –me dice en cuanto abro la puerta.

Después entra directa en la habitación. «El dormitorio es el mejor lugar de la casa para rezar, porque es donde nos encontramos más cerca de Dios», dice siempre. Llegaba a repetirlo tanto que un día le pregunté qué es lo que quería decir exactamente con eso.

–Dormir es lo más parecido a la conciencia de la muerte y, por tanto, lo más cercano a experimentar la Gloria Divina –me contestó.

Nunca suele moverse más allá de lo necesario, pero hoy, de pronto, comienza a dar vueltas alrededor de la habitación con su movimiento de pingüino despistado. Después de varias vueltas, se detiene ante la ventana en silen-